

Un hombre ocioso

YUSUF ATILGAN

TRADUCCIÓN DE
PABLO MORENO GONZÁLEZ



Título de la edición original:
AYLAK ADAM

Primera edición: septiembre 2016

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, s. l.
© de la traducción: Pablo Moreno González
© del diseño de colección: Raúl Fernández

Copyright © 1959, Yusuf Atilgan
All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form without written
permission from the publisher
Published by Gallo Nero Ediciones, s. l. in conjunction with AnatoliaLit
Agency.

teda
de Traducción y
Apoyo de publicación
de Turquía

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores.

ISBN: 978-84-16-5293-0-8
Impreso en España
Depósito legal: M-8575-2016

INVIERNO

«Emprenderás un minucioso relato, contarás una leyenda insólita.»

Bâkî

De pronto pensé que lo mismo estaba ella también entre la muchedumbre que había desbordándose por las aceras. Se me pasó el mal cuerpo (que era culpa del camarero. Eso me parecía. Le había visto la cara mientras me sujetaba el abrigo: la tenía fruncida, no de sonreír así con franqueza, sino con una risilla molesta, y esa mirada, cómo decir... pedigüeña no, zalamera. De haberle dado propina, habría plantado su mano en la mía. No lo hice). Miré alrededor con interés. Los hombres iban recién afeitados y las mujeres, recién maquilladas. Tenían el rostro im-poluto. Incluso el mendigo de la esquina de la mezquita, el de las piernas amputadas, y el chaval de los periódicos, amoratado de frío sin calcetines, estaban igual. Me estaba fijando en los transeúntes como si la conociera, como si, de verla, fuera a reconocerla. Esta noche estaba siendo un egoísta. Estaba furioso conmigo. Aunque bueno, a esta calle la mandaba de ciento en viento: una de cada mil veces, para que viera una película buena. Solía sentarse en las filas de delante, veía la película con la mejilla apoyada en la palma de la mano, y pensaba en mí justo cuando yo quería. Al terminar la peli, se volvía andando a casa.

La multitud dejó enseguida de interesarme. Volvió a entrar-me impetuoso el mismo mal cuerpo de antes. Ahora no era el camarero. Ya lo sabía. Pensé en la mezcla de compasión y asco que me despertaba la bizca que sabía que estaría algo más allá esperando clientela delante del cine de los palcos profundos, y acto seguido doblé por una callejuela —era la misma de aquella noche— por donde se me apareció un tullido con mucha seguridad en sí mismo. La noche que me dieron una paliza un par de sastres, uno con bigote negro —¿por qué eran sastres?, ni idea—, había girado por esta misma calle y por el mismo motivo. Quizá hubiera alguna razón extra. Temía que me dieran ganas de meterme con ella en uno de esos palcos profundos escudándome en la excusa de que debía echarle una mano, de que, por una ayuda, tampoco se ofendería su orgullo profesional. La bizca me devolvía por vías complejas a mi tía Zehra. Tumbado sobre sus rodillas, solía contemplarle los labios, a veces moviéndose, a veces quietos, embriagados de un aroma que solo yo conocía. De vez en cuando se agachaba, y mientras que yo esperaba a que sucediera algo grande, increíble, ella me besaba la punta de la nariz, simplemente. Según bajaba hacia mi cara, los ojos se le ponían bizcos.

No me había merecido la paliza que me habían metido un mes antes. Me había tirado cinco días recorriéndome con la mandíbula vendada las sastrerías de Beyoğlu — como si hubiera acertado siempre que me he sacado de la manga en qué trabajaba alguien—. Donde me habían derribado en la adormecida calle no estaba lejos de las farolas, así que estuve buscándolos como si supiera algo más aparte de que uno tenía bigote negro. No me entendía nadie. Hasta Sadık me decía: «¿Los encuentras y qué?». «Pues hablo con ellos. Les digo que han cometido una

injusticia, que me da igual lo que quisieran hacerle al otro que estaba con ellos (“Ni hablar, yo me largo a casa”, había dicho el tercero), que si me paré allí fue solo por curiosidad. Los sastres esos tienen que...» «¿Por qué sastres?» «No lo sé. Los sastres esos tienen que saber que me han dado una paliza injusta.» «¿Y luego?» «El desenlace dependerá ya de las circunstancias.» Sadık asentía con la cabeza, se reía. No entendía que necesitara buscarlos. Cinco días después, tenía mejor la cara y me quitaron el vendaje, así que abandoné la búsqueda.

Después besé a aquella muchacha griega. La avenida próxima a Harbiye estaba desierta. Eran dos; venían riéndose cogidas del brazo. Cuando pasaron por donde yo estaba, agarré a la que pillaba de mi lado y la besé. Tenía la cara fría. Gritaron. La otra saltó:

—¡Animal, borracho de mierda!

Incliné con rencor la cabeza hacia atrás mientras me reía. Se largaron. Desde luego, sois tremendas con vuestros moldes, en cuanto algo no encaja no podéis estar tranquilas. Ahora, que yo ni estaba borracho ni nada. Me había tomado un vaso de vino en la cena. Además, ¿cómo iba a llegarle el aliento a vino si no la había besado? Me encendí un cigarrillo, eché a andar.

En el recibidor hacía calor. Estaba quitándome el abrigo cuando empezó a rondarme la cabeza la dichosa idea aquella que me ha empujado a salir a saber cuántas veces de casa. La chica a la que había besado no se había quejado. ¿Igual era ella? ¿Por qué no la seguí? Habría vuelto, habría despachado a la otra y le habría dicho algo, y entonces ella me habría interrumpido: «Cállate, ya lo sé». Esta misma idea era la que me tenía desde hacía una semana cenando en el mismo restaurante. La mujer de aquella noche tenía algo que no encajaba con aquel sitio. Iba

más allá de los comensales, del mobiliario. Cuando se levantó, el camarero estaba trayéndome el arroz. Yo me había quedado en mi sitio, ya me levantaría otro día. Y en cuanto se fue, me entró la tristeza de una semicertidumbre: no había otro día. Había dejado de venir. Tampoco ha venido esta noche. Tal vez llevara una semana más que yo viéndole la cara al camarero.

Me senté en el diván y encendí la radio. Quería escuchar piano, pero no había. Como si todo el planeta estuviera charlando, bailando, camino a la ópera.

No conseguía encontrar a nadie en esa cajita que me tocara el piano. Estaba solo. La apagué y me levanté. En la pared estaba colgada *La merienda*: su gris, bajo la luz artificial, es todavía más gris, más maldito. En la mesa estaba el cenicero. Deforme. ¿Quién lo ha puesto delante de los libros? Tal y como lo agarré, lo tiré a la calle por la ventana. Al parecer estaba cerrada, el cristal se ha roto. Una cortina se descorrió en la fachada del edificio de enfrente; había una mujer mirando inmóvil a la calle. ¿A ver si va a ser ella? La cortina se cerró. ¿Igual sucedía todo cuando yo no estaba, donde yo no estaba?